

VISTA DE ROMA DESDE PALESTRINA.

Tomamos este artículo del tomo I de los *Viajes por Italia con la expedición española*, del señor Gutiérrez de la Vega :

« Los pocos momentos que permanecemos en Palestrina, cuya población asciende á cinco ó seis mil almas, los consagramos á visitar el magnífico palacio del príncipe Barberini, enclavado, por decirlo así, sobre una enorme montaña que domina perfectamente á la ciudad. Aun no hablamos ganado toda esta considerable altura, cuando al hacer un ligero descanso, dirigimos la vista hácia la grande y hermosa campiña que se estiende desde la falda de la montaña. Los rayos horizontales del sol empezaban á alumbrar á lo lejos una masa blanca, que aunque de forma confusa al principio, se destacaba claramente sobre el inmenso manto de verdura que se prolongaba, al parecer, hasta confundirse con los horizontes de azul y grana.

« Al poco tiempo vimos también una elevada cúpula perfilándose entre las nubes: era la soberbia cúpula de San Pedro; porque la masa blanca no era otra cosa que la ciudad eterna, la corte de los Césares, la Roma tan celebrada por los artistas y los poetas, la querida de Horacio y de Virgilio, la Roma del Imperio, de los ednosos y de los oradores. Sola, sin un arbusto que la acompañe, sin un cedro que la dé sombra, sin un ciprés que llorase desgracias, la ciudad augusta se levanta sobre aquella altombra verde como un esqueleto que saliera de un desierto cementerio. Aquella yerbecilla inculta no hace mas que lamer su planta egregia, porque la tierra á un permanece como la dejó el arado de Cincinnato, y con las huellas de la última junta romana.

« Esos reinos vacíos, *manus regna*, esa tumba, de en medio de la cual parece levantarse Roma, para valernos de las palabras del vizconde de Chateaubrand, aumentan sin embargo la grandeza de la metrópoli del mundo cristiano, y la rodean de un sentimiento de ternura que conviene mejor que una ceremonia risueña y frívola al espectáculo de Roma y de sus grandiosos recuerdos.

« ¡Salve, tierra fecunda en otros tiempos en fruto y fértil en conquistadores! ¡Echamamos con Virgilio, ¡Salve, campiña de Roma, donde con todo su orgullo descansa la nada de la criatura! ¡Salve, lugares famosos por sus grandes hombres, llenos de sublimes recuerdos y de

elocuentes lecciones! ¡La mano del tiempo va dispersando vuestros preciosos monumentos, destruyendo templo sobre templo, como dice Delille, y sepulcro sobre sepulcro!

« A la vista de tan sublime espectáculo, y poseídos de las mas melancólicas ideas, hojeamos algunas páginas de varios viajeros ilustres.

« Son las seis, echamamos con uno de ellos; el tiempo es hermoso: recorren el horizonte algunas ligeras nubes, y esparcen sobre la escena muchas sombras vaporosas. Estamos pisando verdes colinas, brillantes con su rico esmaltado. Forman una cordillera de las montañas de los sabinos, que contienen como dentro de un cuadro la parte oriental del panorama que se estiende á nuestros piés. La luz forma infinitos juegos sobre los planos de ese cuadro admirable. Al norte está el Soractes, el Soractes de Claudio Loreneso, el Soractes de Ovidio y de Prosperio, el Soractes de todo hombre de mediana educacion, y que tenga un alma capaz de sentir. Al oeste, las montañas azules de la Etruria limitan nuestra vista con su anfiteatro pintoresco. Al sur, el cielo y el mar se confunden detrás de una masa de nubes, montañas de oro y púrpura que parecen aglomeradas por una mano mágica. En medio de un inmenso estanque, que tal puede llamarse, segun es el efecto que hace, sepean las amarillas aguas del Tiber. La llanura, árida en toda su estension, semejante por las ondulosas vertientes del terreno á un vasto lago agitado, está atravesada por largos acueductos que se estienden hasta mucha distancia: se dirá que son otros tantos puentes gigantescos que conducen á la capital del mundo cristiano. ¡Qué soledad tan imponente! ¡Qué silencio de muerte! Los sepulcros que á uno y otro lado se descubren, indican las vias antiguas. De tiempo en tiempo una nube de polvo, enriquecida por los rayos del sol, anuncia el tránsito de una silla de posta de ingleses, ó el pesado carro (llado por bueyes de ahilados cuernos) de algun aldeano que se dirige á la ciudad. Unos tonos vagos de luz se estienden sobre estos objetos como si estuviesen cubiertos con trasparente velo. Todo ello parece que está nadando en una atmósfera de vapor. Pero el sol inunda ese brillante espectáculo con rayos de púrpura, y aumentase de repente la claridad, disipase la lejana niebla, y veze distintamente la cúpula de San Pedro, y la ciudad eterna edificada sobre siete colinas. Levántase San Pedro sobre el monte

Vaticano, entre el Janículo y el Aventino; más al norte está el monte Celio; se conoce por sus altos pinos, por sus vastas y sombrías cúpulas, que dan sombra á la villa de Mates; enfrente está el Capitolino, que corona la torre del Campidoglio; á la derecha el Quirinal, el Esquilino y el Viminal, que domina la basílica de Santa María la Mayor. Hé aquí esa Roma hermosa por excelencia, *verum pulcherrima Roma*, comarca que fué en otro tiempo la delicia de la tierra, y donde el arte y la naturaleza espárcieron sonriéndose sus tesoros sobre el suelo.

«Roma! Roma! gritamos con Menerbes, llenos del mas puro entusiasmo; ¡que flujo y reflujo de pensamientos para nuestra alma, acotumbada á la meditación! ¡Qué visiones sucesivas para una joven y ardiente fantasía, fecundada bajo el cielo de los trovadores! Roma! Pronunciamos esta palabra como si nos suscitase una idea infinita, como si realizase ya un mundo destruido, como si arrancase del seno del sepulcro las muchas victimas que ha detenido la muerte. Entonces, siguiendo con ávida mirada el lento y suntuoso curso del Tiber, contemplamos sobre aquellas orillas desiertas los manes errantes y silenciosos de Horacio y de Virgilio; á Régulo saliendo por la puerta Flaminia para volver á la esclavitud impuesta por el honor; vimos desplegarse toda la grandezá de Roma, con su senado rey, con sus labriegos coronados de laureles, que volvian á coger el arado después de haber enconado en los campos de batalla. Durante toda nuestra existencia hablamos soñando con Roma, como con el cúmulo de todas las bellezas; nos habíamos familiarizado con sus nombres célebres, y habíamos hecho consistir toda nuestra felicidad en verla. A poco, una profunda melancolía se apoderó de nosotros. ¡Qué queda de tanta grandezá, de tanta gloria? ¡Qué ha sido de esos hombres tan famosos? Meteoró pasajero y efímero, la gloria de Roma ha desaparecido; se ha eclipsado. Sus grandes hombres han caído unos en pos de otros, como las hojas de otoño que arrebatá el viento. ¡Sepulcros arruinados! ¡Huesos blancos! Hé aquí lo que de Roma queda en lo material; en la parte moral, los recuerdos; nada mas que recuerdos! Estábamos como oprimidos por estas tristes reflexiones, cuando por un extraordinario movimiento nos lanzamos gritando fuera de nosotros mismos. ¡Capitolio de Roma! ¿Dónde está tu Júpiter?

«Creese, dice Chateaubriand, estar oyendo la maldición del Profeta: *Veni tibi dua hanc die una subito, sterilitas et viduitas*. Dos cosas caerán sobre ti á la vez: la esterilidad y la viudedad. A uno y otro lado se descubren vestigios de los caminos romanos, en parajes por donde no pasa nadie; algunas veredas, que desde lo lejos parecen sendas muy frecuentadas, no son mas que el álveo seco de unas ondas tempestuosas que han pasado, como pasó Roma. A menudo, en una vasta llanura, hemos creído encontrar ricas mieses; pero al acercarnos, vimos que unas yerbas secas nos habían engañado. Otras veces, debajo de algunos arbustos, se perciben los restos de una antigua cultura. No se ven pájaros, labradores, movimiento campestre ni aldeas, y no se oye siquiera el balido de una oveja. Aparecen algunos cortijos sobre los desiertos campos, pero las puertas y las ventanas están cerradas, y no salen de ellos humo, ruido, ni habitante alguno.

«Hé aquí las melancólicas reflexiones que oprimian nuestra cabeza, cuando el sonido de las cornetas y de los tambores nos dió á entender que la division española no podía cuidarse de estos recuerdos, y que pronto íbamos á continuar la marcha, después de un ligero descanso que habíamos tomado. Entonces subimos corriendo la escalinata griega, á manera de antiguo anfitrión, que da entrada al palacio de Barberini, con el objeto de consagrar á las curiosidades que encierra, los pocos instantes que ya podíamos permanecer en Palestrina.

«Al bajar á la ciudad dirigimos otra vez una mirada á Roma, y al recordar sus conquistas religiosas, sentimos que los poetas no hayan cantado con el mismo fuego que cantaron á sus dioses, la gloria de su apostolado y el triunfo de sus mártires.»

JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Entre los curiosos monumentos literarios que nos recuerdan los antiguos tiempos y los sucesos de los pasados héroes, escogemos hoy para presentar á nuestros lectores el muy preciado *Cronicon Albeldense*; escrito en el siglo IX, porque fué el primero que apareció en España después de la formación de la monarquía cristiana de Asturias, y el que corrió el lupido velo que envolvía la historia de los primeros dias de la gloriosa restauración nacional comenzada en Covadonga. El nombre con que se distingue esta notable escritura, procede de haberse encontrado inserta en un viejísimo código del monasterio de Albelda (1), que se conserva hoy en la biblioteca del Escorial.

(1) Sacerde Abasco, conde de Navarra, lo fundó y dotó en 925 en la villa del mismo nombre, á dos leguas de Logroño. Hoy subsiste convertido en colegio, y bajo su antigua advocación de San Martín.

Dos son los autores que tuvieron en ella parte: en cuanto al primero, aunque muchos designan á un cierto religioso de San Millán llamado Roman, y otros al presbítero toledano Dulcideo, se ignora su verdadero nombre, y solo por sus mismas palabras podemos colegir que escribía en los estados del rey D. Alfonso III, el Magnó, y probablemente en Oviedo, siendo sin duda uno de los laboriosos monjes que en aquellos dias de sangrientas y continuadas guerras eran los únicos depositarios de las artes y las ciencias. El segundo autor, posterior en un siglo, que copió el *Cronicon* y lo adicionó con los hechos mas importantes ocurridos hasta su tiempo, es conocido: se llamaba Villa, y era monje del monasterio de Albelda. Además de la sencillez y claridad que suele reinar en los escritos de aquellos retirados homopos, son de notar en el *Cronicon Albeldense* las noticias curiosas que de geografía é historia general nos presenta como exordio. En cuanto al latin en que está redactado, es como el de todos los documentos de la época: rudo, corrompido y desaliñado. Nosotros hemos procurado hacer de él una traducción todo lo literal posible, conservando los nombres propios anticuados y bárbaros que usa el cronista; puesto que de no hacerlo así despojaríamos de su originalidad á este interesante trabajo histórico.

NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO.

## CRONICON ALBELDENSE.

### DESCRIPCIÓN DE TODO EL MUNDO.

I.—Todo el Mundo está descrito, desde el tiempo de Julio César, por varones sapientísimos, como Nicodemo, Didimito, Teodoro y Policito. En medir el Oriente se emplearon XXI años, II meses y VIII dias. En el Occidente XXVI años, III meses y XVII dias. En el Septentrion XXIX años, II meses y III dias. En el Mediodia XXII años, I mes y XXX dias.

II.—El Oriente tiene VIII Mares, VIII Islas, VII Montes, VII Provincias, LXXV Ciudades, XVII Rios, y XLV Naciones. El Occidente consta de VIII Mares, XIX Islas, XV Montes, XXVII Provincias, LXXV Ciudades, XVI Rios y XXV Naciones. En el Septentrion hay XII Mares, XXV Islas, XIII Montes, LVIII Ciudades, XVIII Rios, XXIX Naciones y XVII Provincias. En el Mediodia hay II Mares, XVII Islas, VI Montes, XIII Provincias, LXII Ciudades, VI Rios y XXIV Naciones. En tiempo de Julio Augusto se contaban en todo el Mundo XXX Mares, LXIX Islas, XLI Montes, LXIV Provincias, CCLXX Ciudades, LVI Rios y CXXIII Naciones.

### DESCRIPCIÓN DE ESPAÑA.

III.—Primeramente por Ibero, se llamó Iberia; despues por Ispalo, España.—Tambien se dijo Hesperia por la estrella Occidental denominada Espéro.—Su situación es entre Africa y Galia; al Septentrion la cierran los Montes Pirineos, y por las demás partes está rodeada de Mares.—Es fecunda en todo género de frutos, y riquísima en toda especie de metales y piedras preciosas.—Tiene VI Provincias con Sedes Episcopales.—Los Rios de España IV. El Betis corre CCCXX millas, el Tagus corre DCII, el Minus CCCXIII, y el Iberus CCCIV.

### DE LAS SIETE MARAVILLAS DEL MUNDO.

IV.—I el Capitolio de Roma. II el Faro de Alejandria, III el Beletronte de Esmira, IV el Teatro de Hirculo, V el Coloso de Rodas, VI el Templo Quicio, VII Tetrapolima-Emetis, ó mejor dicho la Iglesia de Santa Sofía en Constantinopla.

### DE LAS PROPIEDADES DE LAS NACIONES.

V.—I De los Griegos la sabiduría. II De los Godos la fuerza. III De los Caldeos el consejo. IV De los Romanos la soberbia. V De los Francos la fiereza. VI De los Bretones la ira. VII De los Escoceses la sensualidad. VIII De los Sajones la dureza. IX De los persas la codicia. X De los Judios la envidia. XI De los Etiopes la paz. XII De los Galos el comercio.

### COSAS CÉLEBRES DE ESPAÑA.

VI.—Trigo boreal de Narbona.—Vino de Vilaz.—Higos de Biatá.—Trigo de los Campos-Godos.—Mulos de Hisspali.—Caballos de Tierra de Moros.—Ostras de Mançario.—Lampreas de Tatiber.—Lanzas de Galia.—Escaldas de Asturias.—Miel de Galicia.—Disciplina y Ciencia de Toledo.—Estas eran las cosas principales en tiempo de los Godos.

DE LAS LETRAS.

VII.—Las letras A, E, I, O, U, se llaman vocales porque se emiten sin violencia y forman la voz por un impulso natural de las fauces. Son semivocales F, N, L, M, S, R, porque comienzan con la E vocal, y dejan un sonido suave.

Las letras B, C, D, T, P, Q, G, son mudas, porque no pueden pronunciarse sin el auxilio de las vocales.

COMIENZA EL ORDEN DE LOS AÑOS REFERIDO BREVEMENTE.

VIII.—Desde Adán hasta el diluvio, MMCCXLII.—Del diluvio á Abraham, DCCCCXLII años.—De Abraham á Moisés, DV.—De la salida de los Israelitas de Egipto, hasta su entrada en la tierra de Promisión, XL años.—Desde esta entrada hasta Saúl, primer Rey de Israel, despues de los Jueces, CCCLVI.—Saul reinó XL años.—Desde David hasta que se dió principio á la construcción del Templo, XLIII años.—Desde la primera edificación del templo hasta la trasmigración de Babilonia, hubo Reyes por CCCCXLIII años.

El año LXX de la cautividad del Pueblo y desolación del Templo, fué éste restaurado por Zorobabel.—Desde la restauración del Templo hasta la Encarnación de Cristo, transcurrieron DXX años.

Deúcese de lo expresado que todo el tiempo, desde Adán hasta la venida de Cristo, fué de VM.CXC.VIII.

De la Encarnación de N. S. Jesucristo al primer año del reinado del Príncipe Wambanó, DCLXXII.

Del tiempo de Wamba hasta el nuestro, que es la Era DCCCXXXI, pasaron CCXI años.

De todo lo que claramente se colige, que todo el tiempo, desde el principio del Mundo hasta la Era presente, DCCCXXXI, y XVIII año del reinado de nuestro Príncipe Adefonso, hijo del glorioso rey Ordoño, fué de VM.LXXXII años; y de la Encarnación del Señor hasta nosotros DCCCLXXXIII.

DE LAS SEIS EDADES DEL MUNDO.

IX.—Primera edad: de Adán hasta el diluvio, MMCCXLII años.  
Segunda edad: del diluvio hasta Abraham, DCCCCXLII años.  
Tercera edad: de Abraham hasta David, DCCCXLI años.  
Cuarta edad: desde David hasta la trasmigración de Babilonia, CCCCXXXVI años.

Quinta edad: desde la trasmigración hasta Cristo y el Emperador Octaviano, en cuyo tiempo de la Virgen María y del Espíritu Santo nació Cristo.

Sesta edad: que empieza desde Cristo, tiene ahora, en la Era DCCCXXXI, DCCCLXXXIII años.—Cuanto sobre esto se pretenda saber, solo á Dios es conocido, para nosotros oculto, como lo dice el Señor en el Evangelio: «No es á vosotros conocer los tiempos, ni los momentos que el Padre conserva bajo su potestad.»

ABRIGUACION DE LAS MILLAS DE UNAS CIUDADES Á OTRAS.

X.—Desde Gadiş hasta Córdoba CC millas.—De Córdoba á Toledo CCXX.—De Toledo á Cesaraugusta CCC.—De Cesaraugusta á Oscan LX millas.—De Oscan á Illebra LXXX millas.—De Illebra á Gersona L millas.—De Gersona á Gerunda CXXX millas.—De Gerunda á las fronteras XL millas.—De las fronteras á Ruscillon XX millas.—De Ruscillon á Narbona XL.—De Narbona á Bitarris XV.—De Bitarris á Neumasia LXXV.—De Neumasia á Avinion XXV millas.—De Avinion á Valencia CII millas.—De Valencia á Turnos CCL millas.—De Turnos á Mediolano CLXX.—De Mediolano á Roma CCCXVI.—De Roma á Thessalónica DCCCXLII.—De Thessalónica á Heráclea CCCXVI millas.—De Heráclea á Constantinopla CXXX millas.  
Hacen III.M.CCLXXXI millas.

NOTICIA DE LOS OBISPOS Y SUS SEDES.

XI.—La Sede Real (1) la ocupa Hermenegildo.—Fláiano á Bracara, y sucedió á Lupo y á Recaredo.—Tudemiro tiene las de Dumio y Mendimieto.—Sisenando la de Iria en San Jacobo.—Naustio tiene la Sede en Coimbra.—Branterico en Lamego.—Sebastian en Auriense.—Justo en Portucalo.—Alvaro en Veleçie.—Felmiro en Oxima.—Mauro en Legion, y Ranullo en Astomca.

Los referidos Prelados resplandecieron en la Iglesia por la protección del Rey.

Tambien el Rey Adefonso, de que ya hemos hablado, se hizo esclarecido por todo el mundo; enunbrado al Soño, fué habil en la guerra, esclarecido para con los Asturianos, fuerte y valeroso con los

Vascones, castigó á los Arabes y protegió á los Ciudadanos. Á este Príncipe, favorecido por el Capitan Cristo, le fué concedida la sagrada victoria. Sea por siempre esclarecido, triunfe vencedor en el siglo, y resplandezca en el mismo cielo. Consagrémosle aquí este triunfo, ya que se le despojó allí del Reino. Amen.

COMIENZA EN LA SIGUIENTE CRÓNICA EL ORDEN DE LOS ROMANOS.

1. En Roma reinó primero Rómulo XXXVIII años. Este edificó á Roma.

Tito-Tatio, Rey de los Sabios, V años.

Numa-Pompilio, XXXII años. Este fué el primero que ordenó el año en XII meses.

Tulo-Hostilio, XXXIII años. Este fué el primero que vistió la púrpura.

Anco-Marcio, reinó XXVIII años.

Tarquino-Prisco, reinó XXXVIII años. Este hizo el Capitolio.

Servio-Tullio, reinó XXXVIII años. Este fué el primero que estableció el censo.

Tarquino el Soberbio, reinó XXV años. Este fué espulsado del Reino porque lo mereció.

Hubo Cónsules por CCCCXXXVI años.

Los Decemvros I año.

Desde Rómulo y la fundación de Roma, hasta Cayo-Julio-César, DCXCVI años.

Primeramente Cayo-Julio-César gobernó IV años. Este peleó con Pompeyo por el Imperio.

En seguida comenzó la edad VI.

2. Octaviano, reinó LVI años. En el XLII de su reinado nació Cristo. Este solo, gobernó á todo el Mundo.

Tiberio, hijo de Gaio, reinó XXIII años. En el XVIII fué crucificado N. S. Jesucristo. En tanto que Tiberio, por codicia, cautivaba á los Reyes que á él se acogían, muchas Naciones se apartaban del Imperio Romano.

Gaio-Caligula, reinó IV años. Fué avaro, cruel, y esclavo de la lujuria. Por este tiempo S. Mateo Apostol fué el primero que escribió el Evangelio en la Judea.

Claudio, reinó XIV años. En esta época vino á Roma S. Pedro Apostol, y S. Marcos escribió su Evangelio en Alejandria.

Nerón, fué muy cruel, reinó XIV años, y se entregó á la lujuria. Pescaba con redes de oro. En este tiempo S. Pedro y S. Pablo fueron muertos: el uno en una cruz, y el otro por golpe de espada.

Vespasiano, reinó VIII años, XI meses y XXII dias; olvidó las injurias, y el II año de su reinado, Tito se apoderó de Jerusalem, donde perecieron de hambre y á filo de espada, once veces cien mil Judias, y cien mil fueron vendidos públicamente.

Tito, reinó II años. Fué afable, piadoso, y amado de los hombres.

Domitiano, hermano de Tito, reinó XVI años. Ensoberbecido mandó que le llamasen Dios, mató á los Senadores, y entabló la persecución contra los Cristianos. Durante su imperio fué el Apostol S. Juan desterrado por cuatro meses á la isla de Patmos.

Nerva, varon moderado en su imperio, reinó I año. En su tiempo S. Juan Apostol vino á Efeso: y recien llegado, y á instancias de los Obispos del Asia, publicó su Evangelio.

3. Trajano, reinó XIX años y VII meses. En este tiempo murió S. Juan Apostol.

Adriano, reinó XXI años. Este restauró á Jerusalem, y por su nombre se llamó Aelia.

Antonino el Piadoso, reinó XXXII años. Fué muy elemente, y mereció el nombre de Padre de la Patria. Galeno, médico, oriundo de Pérgamo, floreció en Roma.

Antonino el menor, reinó XVII años. Fué vencedor.

Commodo, reinó XIII años.

Helvio-Pertinax, reinó contra su voluntad durante I año, y rehusó llamar esposa á Augusta.

Severo Perinax, reinó XVIII años. En este tiempo, Origenes se instruyó en Alejandria.

Antonino Caracalla, hijo de Severo, reinó VII años. Fué libidinoso, y se casó con Nuberca.

Macrino, reinó I año. Nada hizo digno de memoria.

Aurelio Antonio, reinó III años. Fué muerto en una sublevación militar, porque lo mereció.

Alejandro, reinó XIII años. En este tiempo brilló Origenes en Alejandria.

Maximiano reinó III años, persiguió á los cristianos.

4. Gordiano, reinó VII años. Murió por asechanzas de los suyos.

Filipo, reinó VII años. Este fué el primer emperador Cristiano, y su conversión tuvo lugar el año milésimo de la fundación de Roma.

Decio, reinó I año. Fué perseguidor de los Cristianos, y en su

(1) Esta era Dijeida.

Tiempo floreció en Egipto S. Antonio Mongé, el primer fundador de Monasterios.

Galo y su hijo Vilasiano, reinaron II años.

Valeriano con Galeo, reinó XV años. En esta época, S. Cipriano Obispo, recibe la corona del martirio.

Claudio, reinó dos años. Venció á los Godos que desolaban la Iliria y la Macedonia.

Aureliano, reinó VI años. Persigue á los Cristianos, le aprisiona el Rey de los Persas, y envejece y muere en la prisión por el sentimiento que le causó su destitución.

Tacito, reinó I año.

Probo, reinó VI años. Fue valiente en la guerra, y alcanzó muchas victorias.

Caro, reinó dos años, y herido de un rayo, pereció.

Diocleciano y Maximiano, reinaron XX años. Diocleciano persiguió á los Cristianos, y fué el primero que mandó que en el vestido y calzado se llevasen piedras preciosas, pues hasta allí los Príncipes usaban únicamente la púrpura. Habiendo ambos dejado el imperio, vivieron como particulares.

Galerio, reinó dos años.

3. Constantino, reinó XXX años. Habiéndose convertido al cristianismo, toleró á los Cristianos. Por esta época, Elena, su madre, encontró la Cruz del Señor. Mandó que se celebrase el Concilio Niceno como decimos en otro folio.

Constantino y Constante, reinaron XXXIII años. Constante, Arriano, y cruel por sus costumbres, persigue á los Cristianos. Su amigo Arrio, muere en Constantinopla. Brilla Hilario por su doctrina. Donato, que floreció en Bema en el arte de la gramática, muere allí por este tiempo. Antonio Mongé, también murió entonces. Los huesos de los Santos Apóstoles Andrés y Lucas, se trasladan á Constantinopla.

6. Juliano, reinó II años. Primero clérigo, y luego Emperador; y pagano, adoró los ídolos, prodigó el martirio á los Cristianos, y en odio de Cristo, mandó restaurar á los judíos el templo de Jerusalén; mas el Señor no lo permitió, y Juliano murió asaltado por los persas.

Joviano, reinó I año. Este, siendo Cristiano, rehusó tomar las riendas del gobierno, y solo accedió á los ruegos del ejército, cuando éste se convirtió al cristianismo. Al punto, devolvió á los Cristianos sus libertades y privilegios, y mandó cerrar los templos de los ídolos.

Valentiniano y su hermano Valente, reinaron XIV años. Los Godos se dividen en dos porciones, mandadas por Atalarico y Fridijerno. Alrico se sobrepone; Fridijerno con el auxilio del Emperador Arriano, Valente, y por la influencia de este, abraza el arrianismo con todos sus Godos. Gollila, Obispo, les enseña el uso de las letras.

Graciano con su hermano Valentiniano, reinó VI años. Florecen Ambrosio, Obispo de Milan, y S. Martín, Obispo Turonense, señalándose este por sus milagros en las ciudades de la Galia.

7. Valentiniano con Teodosio, reinó VII años. Celébrase un sínodo en Constantinopla, compuesto de CL Obispos. El presbítero Gerónimo, florece en Belem, y en todo el mundo. La cabeza de S. Juan Bautista, se trasladada á Constantinopla, y enterrada á VII millas de la ciudad. Teodosio derrriba el templo de los ídolos.

Teodosio con Arcadio, reinó III años. Por aquel tiempo, el Anacoreta Juan, brilló por sus milagros.

Arcadio con su hermano Honorio, reinó XIII años. En esta época, S. Agustín Obispo, resplandeció con la sabiduría de su doctrina, y Donato, Obispo de Epiro, se señalaba por sus virtudes. Este, mirando á un enorme dragón, y ocupándole en la frente, lo mató; y ocho yuntas de bueyes, apenas podían arrastrarle á la hoguera en que se quemó. Por el mismo tiempo, los cuerpos de los Santos Profetas Habacuc y Michas, son descubiertos por revelación divina. Florece Teófilo. Los Godos acorren la Italia, y los Vándalos y los Alanos, las Galias.

8. Honorio con Teodosio menor, hijo de su hermano, reinaron XV años. Durante el imperio, los Godos se apoderaron de Roma, y los Vándalos, los Alanos y los Suevos, ocupan las Españas. Celébrase en Cartago un concilio compuesto de CCXIV Obispos.

Cirilo, que lo era de Alejandria, se señala particularmente.

Teodosio el Menor, hijo de Arcadio, reinó XXVII años. Los Vándalos pasan desde España al Africa, y arrianan allí la fé católica con la impiedad arriana. Reúñese en Efeso un concilio de Obispos contra Nestorio. Por el mismo tiempo, el diablo, apareciéndose en Creta á los judíos en figura de Moisés, les promete conducirlos por mar á pieñento á la tierra de promisión; pero habiendo muerto muchos, se convirtieron otros al cristianismo.

9. Marciano, reinó VI años. Al principio de su reinado, se celebró un concilio en Calcedonia. Teodorico, Rey de los Godos, á la cabeza de un numeroso ejército, entra en España.

León Mayor, con León Menor, reinó XVI años.

Zenón, reinó XVII años. En aquel tiempo, y por revelación de él mismo, se encontró el cuerpo de S. Bernabé Apóstol y el Evangelio de S. Mateo.

Anastasio, reinó XXVII años. En esta ocasión, Fulgencio Obispo, resplandeció por su sabiduría y doctrina. Nacen muchas herejías.

Justino Mayor, reinó VIII años. Partidario del Sínodo Calcedonense, ahjura la herejía de los Acéfalos.

10. Justiniano, reinó XXXIX años. Poniéndose al frente de los Obispos, partidarios del concilio de Calcedonia, condena la herejía de los Acéfalos. Los Vándalos son destruidos en Africa por el patricio romano Belisario. Tumban Adria, Rey de los Ostrogodos, es vencido en Italia por Narses, patricio Romano. Alanagildo, tiraniza en España el imperio de Ajlano. Por el mismo tiempo, el cuerpo de S. Antonio Monge, encontrado por divina revelación, es llevado á Alejandria y enterrado en la iglesia de S. Juan.

Justiniano Menor, reinó XI años. Este destruyó todo lo que se habia hecho por los adversarios del concilio Calcedonense, y mandó que el pueblo cantase el salmo CL al tiempo del sacrificio de la misa. Entonces fué cuando los Armenios abrazaron la fé de Cristo, y floreció Martín, Obispo de Bracara, que por su prudencia convirtió á los Suevos de Galicia al catolicismo.

11. Tiberio, reinó VII años. Los Longobardos, arrojados de Roma, invaden la Italia. Los Godos, divididos en partidos por Hermenegildo, hijo del Rey Leovigildo, se destruyen y matan mutuamente.

Mauricio, reinó XXI años. Los Suevos son dominados y sometidos por Leovigildo, Rey de los Godos, y estos se convierten á la Fé Católica por medio del piadosísimo Recarado su Rey. En aquel tiempo florece el esclarecido Leandro, Obispo Hispaleuse, que contribuyó á la conversión de la Nación Gota.

12. Poma, reinó VIII años. Levantada Emperador por una sublevación militar, dió muerte á Mauricio Augusto, y á muchos nobles. También los Persas movieron grandes guerras á la República, y vencieron á los Romanos.

13. Heraclio, reinó XXVII años. Los Esclavones entregaron á los Romanos la Grecia, y los Persas la Siria y el Egipto. En España, Sisibuto, Rey de los Godos, se apoderó de varias ciudades que aun poseía el ejército Romano, y convirtió á la Fé de Cristo á sus vasallos judíos. También fundó en Toledo una admirable iglesia dedicada á Santa Leocadia. Despues, el Principe Suintila, acabó de arrojar del Reino á los Romanos; y con una pequeña victoria, se enseñoreó de toda España. También durante el Imperio de Heraclio, tuvieron por Reyes los Godos á Suintila y Chintila.

Constantino, reinó IX años. En su tiempo reinaron en España por IX años tambien, Tulga y Chindasvinto, uno en pos de otro.

15. Constante, reinó XX años. Entonces, Recarinto, gobernó en España por espacio de XX años, y les sobrevivió III.

Constantino el Joven, reinó XVI años. El ya nombrado Recarinto, III años. Wamba, IX años. Hervigio V, y sobrevivió II años y XV dias.

Justiniano, reinó XI años. El ya nombrado Hervigio II. Ejca IX, y sobrevivió VI.

León, reinó VII años. Ectja ocupó el trono de España VI. Despues de él, su hijo Witiza I.

Tiberio, reinó VIII años durante el gobierno de Witiza.

Roderico, reinó III. En aquel tiempo, los Sarracenos se apoderaron de España, y exterminaron á los Godos deste Reino en la Era DCLLII.

(Continuará.)

## EL PUENTE CESURES.

Un distinguido pintor español contemporáneo, el Poussin de las ruinas, con cuya amistad nos honramos, nos dirigió á mediados del año pasado las siguientes líneas, escritas con el estilo familiar de la confianza:—El día que comprendí en Galicia lo mucho que valen sus hermosos bosques, ríos y praderas; el día que se abra el suelo de fábricas y de ingenios; el día en fin en que arrojén á todos sus escombros, quemen sus foros y digan: *adelante Galicia*, me atrevo á asegurar que ninguna region de Europa tiene elementos mas favorables para el desarrollo de una colosal riqueza. Galicia empieza á ser conocida; ya se emprenden viajes para verla, y sino fuera por sus malas pasadas, caminos é insectos, sería el punto de reunión de la buena y rica sociedad de España. Asturias es mas prodigiosa que la Suiza; Galicia es mas graciosa que l'Abergoe.

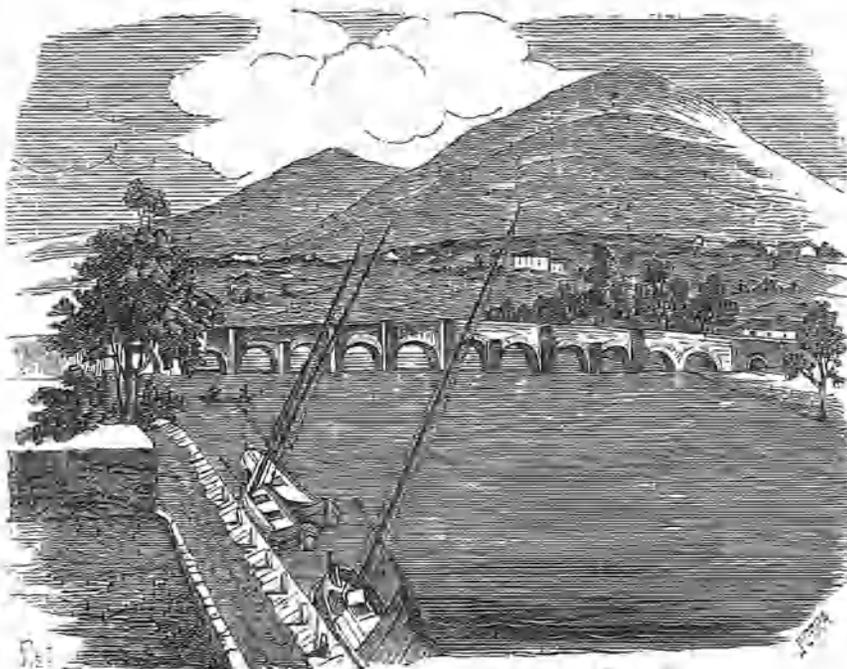
En verdad Galicia es el país de las montañas severas, de las vertientes apacibles, de los saltos espumosos de agua, de los tajos piraméntales, de los remansos tranquilos, de los valles serenos, de los bosques seculares, de las decoraciones sorprendentes y de los rios caprichosos; país de una poesía íntima y modulada, país de una prodiga naturaleza, donde el arte no establece la competencia de sus líneas arquitectónicas con los rasgos espontáneos de una vegetación exuberante. En el fondo

de un precipicio árido y descarnado se agita en el agua una mezuquina cloza ennegrecida por la lluvia, que suelta por su ancho cauce una blanca polvareda, como el delin azasado arroja por sus fauces la espuma del mar; es el molino de la comarca, cuyos moradores cruzan á media noche un mezuquino puente de tablas desiguales que los sostiene sobre una bulliciosa cascada. En la nebulosa línea del horizonte, le llama voraz y devoradora de una *cañada*, escatá á la caída de la tarde, como una serpiente de fuego, la escabrosa cumbre de una montaña, recogiendo la luna su luz líbia y melancólica sobre el reflejo de este humoso incendio. En el apartado lago formado por las aguas que caen de las sajaduras abiertas por la intemperie en las entrañas calcáreas de una eminencia, apagan su sed los lobos de las sierras y los hultres de las ruinas. A orillas de los rios, en medio de la espesura de los bosques, sobre las cristalizaciones seculares de los *castros*, se conservan los escombros de castillos señoriales, deshechos sus muros, quebradas sus torres, desportallados sus cubos, abiertas sus paredes y francas sus bar-

bacanas para las fábulas y los cuentos. El misterio es la leyenda del vulgo. Sombras fatídicas discurren á media noche por los subterráneos de las antiguas fortalezas. Donde no se teme el *sábado* de las brujas, se espía la salida de los *moros* que llevan sus caballos á beber en la fuente rústica ó en el remanso murmurador. Las quebras de las montañas y las *sabanas* de los valles improvisan grutas silvestres, chozas primitivas, alquerías misteriosas, florestas poéticas, paisajes melancólicos, panoramas inesperados, horizontes multiplicados, islotes floridos, balsas naturales, ecos ruidosos, murmullos apacibles, auroras nebulosas, acasos deslumbradores... La poesía de una naturaleza espontánea y caprichosa.

El arte ha aprovechado los valles y las sierras para sus ermitas, sus casas solariégas, sus calzadas y sus puentes. Si buscáis la huella litécnica del imperio romano, el *Monte-Furado* deja registrar sus cavidades sombrías, humedecidas por el río Sil, ó los *codas de Larouco* os presentan sus escarpadas cimas escaladas por la palanca del legionario

Puente Boveres Galicia



Pte

(Puente de Cesures.—Galicia.)

conquistador. Si deseáis sorprender los sacudimientos heróicos de las rocas heridas por el rayo y removidas por la tempestad, el *para de San Juan da Cora* entrega á la intemperie el asiento granítico de sus rocas ó la cascada del *Loja* remueve el glúten de las peñas, haciendo los escombros de los aluviones en las grietas de una montaña, como las gárgolas naturales de este *salto de aguas*. Si vuestra poética imaginación busca las inspiraciones de la naturaleza pródiga y floreciente, los valles de *Ouro*, *Leces*, *Mariñas* y *Ulla-baja* presentan sus emparrados tendidos al sol, sus frutos abigarrados, sus espalleres espontáneos, sus perfiles umbrios, sus arroyos murmuradores

.....  
sobre el cascajal bulleado  
.....

(JEAN DE LA ENCINA.)

y sus mirses doradas; embellecidos por las canciones del aldeano, los áos de la romería, el gorjeo de los pájaros, el susurro de las insectos y las corrientes del agua, en cuyas líneas dulcemente murmuradoras se escucha la luna en blancas y menudas perlas. Si vuestro ingenio, estimulado por los recuerdos de la historia, vuelve á la edad media, á los siglos de la verdadera fé en las obras del artista y en las conquistas del guerrero, y evoca el entusiasmo popular en sus corceles caballerescos y sus cruzadas fronterizas, las calcáreas de *Santiago, Orense y Mondoñedo*; las ruinas de *Sobrado, Dumia y Celanova*; las ermitas restauradas de la *Coruña y Pontevedra*, y los castillos señoriales de *Altamira, S. Mamede y Andrade*, agrupan en vuestro derredor la rogativa pública, la austeridad monástica, la devoción española y el cortejo nupcial. Si interrogáis á lo pasado, la civilización de esta comarca, distinguiendo en su suelo las huellas de los pueblos conquistadores y proscritos, encontrareis la sociedad gética en los *castros*, la sociedad normanda y árabe en las ruinas de *las Torres de Oeste* y en las reconstrucciones de la metrópoli compostelana, la sociedad romana en el mosaico del an-

tigo *convento-jurídico* de Galicia y en los puentes de *Lugo, Orense y Cesures*, respetados por los siglos; la sociedad judía en su antiguo cementerio de *Astorga*; y en la tradición de sus sederías en *Mouforte* y la sociedad completamente española, en el hospital de *Santiago* y en la *palloza de la Coruña*.

En la presente ocasion fijaremos nuestra pluma sobre los restos de la dominación romana y presentaremos á nuestros lectores la descripción del remoto *Pons Cesaris*, cuya vista estampamos al frente de este artículo.

A una milla de *Padron*, en la carretera de *Santiago* á *Pontevedra*, se encuentra el puente *Cesures*, que ha dado nombre á algunas casas y factorías construidas cerca de sus pilares. La fundación de este monumento romano es contemporánea de la *via militar* de *Braga* á *Astorga*, por la costa, que empezaba en *Aquidulanis* (*Faon*), y llegaba hasta *Interannio* (*Bembibre*). Entre *Vico Spatorum* (*Vigo*) y *Olandiviro* (*Cantamir*), se reconocia el marca de *Ad duas pones* (según algunos geógrafos, el puente *San Payo*), donde se consignaba implícitamente la localidad del puente de *Cesures*. Su advocación es el comprobante irrecusable de su antigüedad: al perpetuar la época de su fábrica, ha transmitido á la posteridad una página arquitectónica de la dominación romana en Galicia. El puente *Cesures* de nuestros días es el antiguo *pons Cesaris*, cuyo título fué adulterado por el latín inculco de las erónicas de la edad media, y españolizado por las generaciones venideras. El *pons Cesaris* del imperio romano ha sido el *pons de Cassuris* de los siglos X y XI, y el puente *Cesures* de nuestros tiempos.

En Galicia aun se conservan los nombres de algunos pueblos de escaso vecindario, como la revelación auténtica de la dominación imperial. La administración y gobierno de los *Cesures* no solo se encuentra en las obras monumentales, sino tambien en las apartadas localidades de las montañas y de los valles. En la provincia de *Lugo* existen, la aldea de *César*, en la parroquia de *Cortopezas*, la feligresía de *San Salvador de César* y la aldea de *Oliar de Seta*, en la jurisdicción de *Camba*. En la provincia de la *Coruña* se descubren las feligresías de *San An-*

de *San César*, *San Clemente de César* y *Santa María de César*, situadas en la margen izquierda del río Tambre.

En la *Historia Compostellana*, escrita en el siglo XI (3), se hace mención del puente Césares, cerca del cual se habían construido las torres de Oeste para la defensa del territorio. Al mencionar la entrevista habida entre el arzobispo de Santiago D. Diego Gelmírez y el conde D. Fernando, fija el lugar de este reconocimiento en los términos siguientes: *ad ulice fluminis portum qui de Cesaria appellatur*. El padre Florez explica por medio de esta advertencia el verdadero sentido de las palabras citadas: *Pontem lege de Cesaria qui etiam habet nomen ratisnet super illum ad Iriam*. Si lo que ha tomado por una equivocación el erudito agustino, ha podido ser una verdad; si el puente Cesures ha dado nombre á un embarcadero de numerosa concurrencia, la apreciación imparcial de su localidad y la investigación arqueológica y topográfica de sus alrededores determinarán la importancia del puerto marítimo de la edad media. En nuestros días aproxima las importaciones extranjeras, sostiene el tráfico interior con Carril y Villagarcía, y pone en circulación los cereales de la provincia. Las mareas vivas de la ría de Arosa, que elevan las tranquilas aguas del Ulla, suben hasta el puente Cesures, y los galeones mercantes cruzan su agitada corriente, cargados de géneros coloniales, de artefactos ingleses y franceses, de elaboraciones provinciales y de productos agrícolas del país. El puente Cesures es el muelle del comercio de Santiago: los armadores de Carril y Villagarcía sostienen el tráfico interior, por medio de la conducción realizada favorablemente en las aguas del río Ulla (2). Las proverbiales exportaciones de ganado vacuno para Inglaterra, así como de maíz para Irlanda, han buscado este mercado como necesario y conveniente para las transacciones comerciales. Las antiguas factorías, cuyos edificios conservan sus nombres, consagradas ahora á las condiciones del arriendo particular, revelan las proporciones favorables de la importación y exportación celebradas en el puente Cesures.

Su situación topográfica es conveniente al comercio interior de Galicia. Colocado entre Carril y Padron, acelera los cambios, y empalmado en la carretera general que describe una intersección de Vigo á la Coruña, sirve de puerto á las transacciones de Santiago. En la actualidad no se construyen *vias militares* para las conquistas, sino *carreteras provinciales* para la circulación de los intereses materiales. Las conquistas se hacen por medio de tratados, ó se sostienen por medio de alianzas: los intereses materiales, acostumbrados á los convoyes y máquinas de presión, se amontonan en los estrechos surcos formados por las llantas de los carros de transporte. De esta suerte el remoto *pons Cesaris*, el antiguo *pons de Cesaria* no es apreciado como una antigüedad histórica ó un recuerdo monumental: es un almámen, un martillo, un mercado. En la edad media, el arzobispo de Santiago dejaba caer las cadenas señoriales sobre las aguas del Ulla; era mas bien la posesión de un feudo que la imposición de un portazgo. Entonces las caracolas de los pescadores vendían mariscos y barbos. En nuestros días la administración pública ha trasladado la aduana de Villagarcía al puente Cesures, para facilitar las guías comerciales á la conducción interior. Los galeones de los marineros transportan los fletes de farderia, quincafia, fundición y pelotería.

El puente Cesures presenta un paisaje ameno y pintoresco. No le anuncian espaciosos andenes y sordos machones. El río Ulla atraviesa sus arcos lentamente, aperchido de las avenidas del invierno, que desala sus hirvientes aguas sobre la campiña, fecundada con las algas marítimas arrastradas por la corriente. No eleva sus peñales, y ensancha sus arcos para repeler las mareas vivas de la ría. Es el puente de un río de reposada corriente, que anuncia en señaladas horas su consocejo con las aguas del mar. Es el lindero de la agua dulce y de la agua salada. El viajero divisa á la izquierda los grupos de lavanderas y los hules acallados en el limo, y á la derecha presencia el atalaje de los galeones envejecidos en el transporte. A un lado, el susurro de los árboles, el eco de las canciones y el son monótono de las mudejas de lino sacudidas sobre las piedras por el hálquico; al otro lado, los gritos de los pescadores, las rivalidades de los marineros, el rudo crujir de las velas latinas, y el acompasado movimiento de los remos, que se asemejan en lontananza á las alas gigantescas de un monstruo marino. La antigüedad se rejuvenece con la concurrencia, y el comercio no ha podido alcanzar mas bella y poética perspectiva para sus transacciones mercantiles.

El puente Cesures, que ocupa de este á oeste una extensión de 340 pies, presenta trece arcos mayores y menores, cegados en invierno por la

violenta respiración de las avenidas. Sobre el nivel del río Ulla se eleva 21 pies, y ofrece al viajero la altura de 12 pies.

El anticuario no encuentra en este monumento arqueológico la lápida voliva, ó la inscripción pretoriana. Las reconstrucciones arquitectónicas habrán emparedado sus líneas, ó los años habrán gastado sus letras. La tradición conserva su nombre como el recuerdo de una fundación imperial. Su antigüedad está justificada por su advocación. El *pons Cesaria* de los romanos habrá cambiado sus hiladas de piedra y renovado sus cimientos de argamasa: en cambio ha conservado su localidad y transmitido su nombre, como el lindero de una civilización omnipotente.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

Santiago 14 Enero 1852.

## LA ALAMEDA DEL PEREJIL,

NOVELA SAUTANA.

CAPÍTULO II.

EL PRIMER FAVOR.

[Qui de medias noches  
Caete en mi instrumento:  
«bucoer, señora,  
Con agua mi fuego!»  
Dónde si tú no  
Suocriste luego,  
Suocriste el vecino  
Con algun caldero.

(Góngora.)

Mientras esto pasaba en la Alameda del Perejil, venían por el campo adelante, y en ademán de cuidarse muy poco de aquel paseo y aun de todos los del mundo, dos caballeros punto mas que sesentones, cuya apariencia revelaba á primera vista que el que mas y el que menos de ellos dejaba en casa un provisto arroyo y un buen perro de presa que se lo guardase. Vestían largas casacas redondas, cuyos anchos faldones abanicaban dotemente entrembos tobillos; largas chupas de seda cubrían sus torcidos y abultados vientres, que á la legua mostraban no estar criados con el fatulento frijol ni con la leve espinaca: holgado y alto zapato, sobre el que se elevaba una apelmazada hebilla, no menor que un parvé moruno; empolvada peluca con cañones á habor y estribo, y encima de ella un desmantelado sombrero de tres picos. Llevaban además en las manos larguísima cañas de Indias de dos cuerpos, con su regatón de á tercia y su puño de oro de á medio palmo; en suma, ellos eran el perfecto *fac simile* de los comerciantes de aquella época. El paso era grave y pausado, lo que unido á las frecuentes paradas que hacían para hacer corro y estrechar mas y mas el círculo de su conversacion, ocasionaron el que hasta mucho rato despues de haber terminado la ruidosa escena de que se habló en el anterior capítulo, no llegasen nuestros interlocutores al punto objetivo de su cotidiano paseo, el cual no era otro sino el sitio conocido con el nombre de *Las cuercas*; porque, en efecto, allí se hallaban muchos de ellos colocados en ordenadas filas, y dejando entre unas y otras regulares calles que servían de solaz á las personas que habíamos, preferían la vista y el olor de un género colonial, á la improductiva fragancia y á la estéril belleza del mejor jardín de Aranjuez.

Llegados que fueron al predilecto lugar, que como se sabé era el mismo en que años despues se edificó la mundida plaza de los toros, uno de los caballeros, volviendo sin duda á anudar alguna anterior conversacion, comenzó de esta manera:

—Convengamos, amigo D. Braulio, en que los jóvenes del día son unos verdaderos pillos, sin pizca de temor de Dios, y que así se cuidan de tomar el buen ejemplo de sus padres, como yo me cuidé del gran turco. Vea V. ahí el escándalo que hemos presenciado al pasar junto á esa alameda nueva, y que tan caro pudo costar á uno de ellos, segun nos dijeron allí, pues el perillan había desaparecido cuando llegó la guardia del cuartel de la Bomba, y solo vimos conducir al vivac por los soldados al otro mastin de las patillas y de la navaja grandjeña.

—Solo una cosa puede sentirse en todo eso, contestó D. Braulio, y es que el otro tono de la quercas no haya ido tambien á dormir á la cárcel; pues aunque ya nosotros no alcanzamos á verle á causa de sus buenos pies, es de presumir que sería otro que tal. Vaya, ¡jalbotrar así un paseo público! Ah, si yo fuera gobernador!

—Supongo, replicó D. Canuto, que todo ésto habrá sido por alguna mozueta de estas de toños y armucacos; y hé aquí, amigo mio, por lo que me lleva el diablo. ¡Pelearse por una muger, que es el género de mas mermá y avería que tiene el comercio!...

—Peste en todas ellas, interrumpió el otro con destemplada aspereza; V. sabe, D. Canuto, que tengo un hijo ya mozueto, á quien he criado poniendo en práctica nuestro antiguo adagio, que dice: «Quien bien te quiere te hará llorar;» pues bien (continuó blandiendo la saza

(1) Lib. 4, cap. lxx. pag. 139.—Fáb. de la *Rep. Sag.* del P. Florez.

(2) En el primer semestre de 1851 se han ejecutado en el puerto de Carril 59,065 fanegas de maiz en cambio burgaleses ingleses, uno español, quince galeas inglesas y dos quercas del mismo país, las que unidas á unas de 11,000 comboidas á las provincias meridionales de España, completó el total de 70,065 fanegas. La aduana del Carril ha producido en el primer trimestre del mismo año, la cantidad de 137,789 rs. y 29 mrs., en la que se cuenta 5,356 rs. por derecho de navegación á las leguas de espantadas.

y frunciendo su poblado entrecejo sobre su cara de vinagre, si este hijo me anduviere en esos piosos pardo; si Pepito (pues con efecto Don Braulio era su padre), se atreviese á enamorar esas mazacotas pelirrojas y á dar escándalos como el de esta tarde, por Dios que nó me habia de contentar con romperle el baston en las costillas, sino que tambien le habia de echar la casaca del rey, y ya no leia que acordarse en su vida de que tenia padre; y cuenta que esto mismo se lo digo á él todos los dias.

Después de una breve pausa, que seran algun tanto su rostro naturalmente áspero y desabrido, prosiguió en estos términos:

—V. me dirá que yo tambien me casé; pero la cuestion no es la misma por cierto. Habia yo ya cumplido mis cuarenta y tantos del piro, cuando el padre de mi difunta, que era corresponsal mio, me propuso esta boda: tomé á mi mujer al precio de factura, y ella nó fué en mi casa sino un zurrón de añil mas, cuya partida senté en mi libro maestro, llevándole su cuenta corriente hasta del agua del aljibe que bebía al año. Dias se la llevó antes del segundo, y la sentí porque casualmente era buena; pero no por eso le dejé de hacer su balance, y de ello saqué con la pluma en la mano, y después de tirar mi cuenta de compañía, que yo habia hecho bien en casarme. Hé aquí, amigo mio, como se deben hacer las bodas; pero esto de casarse un muchachuelo sin habbas por esa necesidad que dicen que se llama amor, esto es lo que no he entendido en mi vida, y cuando á mi fecha nó lo entiendo, probable es que tampoco lo llegue á comprender nunca.

En esto apareció entre ambos un tercer interlocutor: era este el mismo Pepito, que para asegurarse completamente y desvanecer las sospechas que su padre hubiese concebido acerca de su participacion en el ruinoso lance de la almendra, vino á buscarle á su favorito paseo. Según la costumbre de aquella época, pidió humildemente el jóven la mano á su padre, y este se la alargó con un prolongado gruñido, que en él no era manifestacion hostil, y si un efecto de su acre condicion, y del principio de terror, bajo el cual hemos visto que criaba á su hijo: gruñido, por mas señas, felizmente interpretado por este; pues conocia muy bien que á haber tenido la mas leve idea del negocio, no hubiera sido la mano, sino el regaton de su casa de Indias lo que le hubiera sido á besar. Rezáronse devotamente y en coro las oraciones en latín, porque con efecto tocaba á ellas la iglesia del Hospital, y en seguida se dirigieron todos juntos hacia las respectivas casas, quedando primero en la suya D. Canato, y llegando finalmente padre á hijo á empuñar á poco tiempo el grueso aldabon de su guardada puerta.

De lo dicho habrán podido colegir mis lectores el raro humor de nuestro D. Braulio; hombre exclusivamente mercantil, ageno é incapaz de pasiones hienas, y por lo tanto acérrimo enemigo de todo lo que era menos positivo que sus tálagos, hubiera sacrificado cien veces y de la mayor fé del mando, la felicidad y el porvenir de su hijo único, á imaginar siquiera que otros pensamientos que no fuesen los del escritorio y el tanto por ciento bullian en la cabeza de un jóven de veinte años. Tenaz y áspero por carácter, era tan conocido en el comercio por la responsabilidad de su firma como por su edulcorado genio. Por otra parte, sus negocios eran vastos y mucha su riqueza; de forma que á haber vivido en este siglo de nueva nomenclatura, hubiese sido considerado como una notabilidad del caso y del añil. Juzguese pues si con datos de esta especie estuvo en su lugar el terror pánico que se apoderó de nuestro D. Pepito, al ver cerca de sí á su padre, en el momento en que iba á descargar el brazo sobre su agresor; y considérese si teniendo que luchar con un carácter tal y en unos tiempos en que la autoridad paterna era tan omnipotente como acatada, tuvo razon nuestro héroe de preferir una honrosa fuga, al rancho del cuartel y al casaca blanco de soldado, con que, á guisa de sambo, lo amenazaba el viejo cada hora, ámen de la paliza; y lo que es peor, con propósito firme de llevar á cabo ambas cosas mucho mejor que lo decia.

Los enamorados son muy dados á solloquios: así fué que no bien se halló solo en su cuarto el triste mozo, cuando comenzó á discursir consigo misma de esta manera.

«Bien mirado, yo me tengo la culpa de que Rosita no haga alto siquiera en mis miradas hienas y en mi infructuosa persecucion; porque dicho está que á quien no habla, Dios no lo ve, y apostó que ese animal de D. Carrito no lo habia sido tanto como yo, y que á estas horas le llevaré dadas sus serenatas de estilo, y hé allí una buena ocasion para darse á conocer, y para entablar por la rejá aquellos dulces ratos de sabrosa pública que serian el colmo de mi felicidad. Por lo menos así se hacen méritos, cosa que tanto agrada á las mugeres, y así se las lisonjea; pues ¡cuál de ellas no gusta de verse celebrada, y de que las muchachas de la vecindad oigan llenas de envidia en el silencio de la noche los suspiros de un amante y las alabanzas de su hermosura?... Por otra parte, forzoso es confesar que la ocasion se me ha venido á las manos. Ese vez de mi rival ha sido conducido á la cárcel por habersele hallado en la mano un arma prohibida: es decir, que por ahora nó tengo quien me inquiete en mi proyecto.»

—Meditó en seguida un poco, y dando en fin una palmada de alegría, exclamó:

—Bien pensado! Esta noche cantaré á la guitarra bajo sus rejas una cancion que para estos casos tengo prevenida: me oye: baja á la ventana, y... soy el mas feliz de los hombres!

(Continuará.)

FRANCISCO FLORES ARENAS.

## LA CASA DEL AHORGADO.

TRADICION.

(Conclusion.)

—Detente, gritó Elvira, detente!

—Una palabra no mas: plégame tu secreto otra vez, y me verás en poder de mis enemigos.

—Todo lo sabrás, contestó la jóven cayendo medio desmayada en un sillón.

—Habla.

—Me arrebataron á la fuerza... Me trajeron aquí... Yo mostré á Don Rodrigo esa ventana como el único punto capaz de salvarme de sus odiosas tentativas... El se-ñeja de un modo extraño, y su mirada infernal me aterraba.

—Continúa, Elvira: me estoy ahogando de impaciencia.

—En fin, dijo esta cubierta de rubor y con voz que apenas se entendia: devorada por la sed, bebí un vaso de agua que estaba á mi lado... así sin saber cómo en un sueño profundo, y D. Rodrigo... el miserable pasó la noche en el castillo.

Mira D. Pedro con ojos espantados á la cautiva, y su mirada la interroga todavia, porque su razon se niega á comprender lo que acaba de oír.

—Huye, continúa Elvira; por el recuerdo de nuestro puro amor te lo suplico: dentro de un momento pueden venir... Ay! qué sería de mí si le encontrasen! Huye: déjame aquí morir sola... No quiero que el mundo me vea después del horrible suceso que cubre de rubor mi frente... No puedo aceptar tus juramentos: ya la pobre Elvira es indigna de ti... Si, pronto la muerte me librará del peso de la vida! ¿para qué quiero una vida que no puede ser tuya?

Hace Elvira á su amante una señal de despedida, y no pudiendo sufrir mas la fuerza de su dolor, cae sin sentido ante D. Pedro, que la contempla con la mirada fija y los puños crispados por la cólera; mas tomando de pronto una resolucion: ¡Hay un Dios en el cielo y una justicia en la tierra! murmuró con ahogado acento: yo rogaré á Dios é invocaré esa justicia.

Dice, y tomando á Elvira en sus brazos, descendiendo con ella por la escalera.

### IV.

Ocho dias después de los sucesos referidos en el capítulo anterior, se halla D. Rodrigo en un suntuoso aposento de su casa de Ubeda, acompañado tan solo de uno de sus mas íntimos confidentes.

Está triste, pensativo, y brillan sus ojos con un fuego mas siniestro que de ordinario. Algunas veces, sin saber él mismo por qué, se estremee y mira espantado en derredor, cual si temiera la aparicion de su mas mortal enemigo.

—Sancho, dice con voz rouca; nadie viene! ¿Qué se han hecho los caballeros que á todas horas me acompañaban? ¿Huyen de mí acaso? ¿Tanto habrán influido en sus ánimos los últimos sucesos, que se apartan desdeñosos del que hasta ahora miraran como jefe?

—Señor, me permitis que os diga la verdad?

—Habla.

—La ciudad está consternada: el rapto de Elvira se ha hecho público, y las gentes os miran con horror: dicen que se avergüenzan de que en la ciudad se haya cometido tan odioso crimen; y maldicen á su autor.

—¿Serán tan débiles que se atreven á desafiar mi cólera?

—Lo temo, señor, porque todos los hidalgos y caballeros dicen, que por haber vos provocado la cólera de Pero Gil, han perdido sus títulos de nobleza y los que aseguraban la posesion de sus heredamientos. Sus quejas aumentan el descontento de la ciudad, y ya se habla de mandas á Jaen un mensajero...

—Como! ¿gritarían de ponencia manos del rey D. Pedro?

—Eso pretenden.

—Por Santiago, que es mucha audacia en los hidalgos el pensar siquiera! Poco conocen á D. Rodrigo de Chaves, si creen que mientras viva ha de tremolar en estas tierras alca peñon que él de D. Enrique! No es eso á fe mia el peligro que amenaza á la ciudad: ha sido imposible descubrir al traidor que abrió las puertas á las gentes de La Torre

ese podrá hacerlo de nuevo, y no sé entonces cuáles serán las consecuencias. Los sucesos me han hecho ver que Pero Gil, á quien yo despreciaba, es mucho más importante de lo que yo creía. Elvira se ha escapado, y nadie puede haberla dado libertad sino ese audaz mozo. Ob si hubiera podido encontrarle! pero todas mis diligencias han sido vanas; y á tí solo, Saicho, lo confieso: temo su venganza.

Oyase en el corredor un ruido de pasos precipitados: ábrese con estrépito la puerta del salón, y se lanzan dentro cuatro ó cinco, embozados hasta los ojos; pero debajo de las capas se dibujan largas espadas, y crujen al andar las acoradas cotas. Una mujer cubierta con un velo se quita entre ellos, y detrás de todos, relumbra las armas de los soldados que llenan la estensa galería.

Don Rodrigo mira sorprendido á los recién llegados, y un vago estremecimiento le agita, pues aunque no ha conocido á nadie, su instinto le dice que se halla cerca de su más mortal enemigo, y que este es más poderoso.

Recobra sin embargo su audacia, y volviendo á tomar el altánor continente que le es habitual:

—¿Qué me queréis? esclama; quiénes sois vosotros que tenéis la osadía de invadir mi casa? Salid, salid al momento, ó á una señal mía, armados los habitantes de esta ciudad, os harán conocer á cuánto se espone el que provoca mi venganza.

Nada contestan los embozados; pero saliendo uno de ellos del grupo, se adelanta hacia D. Rodrigo y se descubre en silencio. Chaves le mira, palidece, y por un movimiento maquinal descubre su cabeza, murmurando con acento sumiso:

—Perdonad, señor, no os había conocido.

—Oh! no me conoces lo bastante, le contesta su misterioso interlocutor: dentro de poco sabrás positivamente quién soy.

—Señor!...

—¿Cómo ahora tan humilde el fiero partidario del Bastardo? Pero no se trata de eso. Acércans, Pero Gil, y decid vuestra queja: ha llegado el momento de la justicia.

—Señor, dice D. Pedro, mientras su rival con la boca entreabierta y livido el rostro de espanto y de dolor, se encuentra en la situación de un hombre presa de horrible pesadilla: yo amaba á una jóven, ó por mejor decir á un ángel; jamás cruzó por mi mente un pensamiento que pudiese manchar su virginal pureza; dentro de pocos días iba á darme mi nombre y mi fe al pie de los altares... Pues bien, señor, D. Rodrigo de Chaves la vió; concibió por ella una pasión violenta; la arrebató una noche del lado de su madre, y con el auxilio de un narcótico triunfó de la trista víctima, que le amenazara con arrojarle á los fosos del castillo, antes que acceder á la deshonra que le proponía...

—Mentís! esclamó D. Rodrigo: ¿dónde están las pruebas de lo que acabáis de decir?

Pero Gil llevó la mano á la guarnición de su espada; pero se contentó á una señal del que parecía su jefe. Esto atravesó el grupo que tenía á su espalda, y un momento después volvió á aparecer llevando á Elvira por la mano.

—No queráis pruebas? dice á D. Rodrigo: será esta suficiente?

Retrocede Chaves espantado, y bajando los ojos tartamudea algunas palabras de disculpa.

—Nada encontrarás que pueda reparar el mal que has hecho; le dijo el que se había convertido en su juez,

—Señor, disponed de mí: estoy pronto á obedeceros.

—Pues bien: el honor de esta jóven ha sido ultrajado; le debe una reparación que el mundo exige: esta noche le darás la mano.

—Estoy pronto á obedeceros, dijo D. Rodrigo respirando mas tranquilo al verse libre tan á poca costa.

—Señor, esclamó D. Pedro con voz suplicante: os olvidáis de mí? no sabéis que la amo con toda mi alma?

—Jamás consentiré, decía Elvira al mismo tiempo.

—Silencio los dos: silencio, vive el cielo! Os prometí hacerlos felices: ¿quién hay aquí capaz de dudar de mi promesa?

—Señor, mi único anhelo, mi sola felicidad...

—Pero Gil, le contestó con voz de trueno; ¿cuándo has aprendido á replicar en mi presencia?

El doncel retrocedió espantado, mientras D. Rodrigo le miraba con aire de triunfo, pues en medio de su propia humillación, gozaba con la humillación de su rival; y para aumentarla al mismo tiempo que sus celos:

—Señor, dijo, la orden que me habeis dado como en castigo por mi conducta pasada, es favor en vez de pena; y ya anhelo que la hermosa Elvira se digne concederme el derecho de llamarla mía.

—Pues bien, todo está preparado: un sacerdote os aguarda en la capilla, marchad. Id vos con ellos, Padilla, así dió dirigiéndose á uno de los caballeros que le acompañaban, y enmid de que se ejecuten mis órdenes. Y vos, Elvira, recordad que vuestro padre os dejó al morir un nombre puro: ¿queréis que ese nombre quede infamado para siempre? el honor os manda dar la mano á D. Rodrigo; obedeced. Y con impe-

rioso gesto y el brazo estendido, le señalaba la puerta donde Chaves le estaba esperando.

Elvira, aturdida y sin saber lo que hacia, salió dirigiendo á su amante una de aquellas miradas que en vano se intentaría pintar, y en las cuales está reconcentrada toda una existencia.

—Pero Gil, dijo el embozado cuando se quedó solo, haced entrar á los caballeros de la ciudad.

—Vive Dios, añadió mirando al doncel que se alejaba, está más enamorado que nunca! En este momento me maldices, y tal vez está formando proyectos de venganza... Así son todos! he nacido para hacer ingratos: todos me aborrecen porque no les es dado comprender mi alma. Por eso me llaman tirano; por eso no viven sino de la rebelión... ¡Inhábiles! Porque quiero hacerles dar un paso en la marcha de las generaciones, ahí llegarán hasta ultrajar mi memoria; pero así que los siglos hayan volado sobre mi tumba, lucirá para mi nombre el día de la justicia.

—Entrad, caballeros, entrad, añadió viendo que se acercaban los hidalgos que había convido; los títulos de vuestras propiedades se han destruido: vuestras cartas de nobleza sufrieron la misma suerte: el mal es irremediable; pero mañana se juntará el pueblo en la plaza á voz de pregonero, y designará cuáles son vuestras propiedades, quién tiene el alto honor de llamarse caballero: este acto será conocido con el nombre de la *sentencia arbitraria*.

Todos se inclinan en silencio y salen con el asombro y el respeto marcados en el rostro; mientras D. Pedro, ageno á cuanto pasaba y con la vista fija en la puerta por donde salió Elvira, parecía la estalua de la desesperación.

Reina en el salón un profundo silencio, hasta que entró Padilla, y acercándose al oído de su jefe:

—Señor, dice, vuestras órdenes están cumplidas.

—Todas?

—Todas.

—Su resistencia?

—Nada se opone á la fuerza de los ballesteros.

—Pero Gil, ásumale á ese balcón y dime lo que veas.

El doncel obedeció maquinalmente; pero al apercebir lo que pasaba dió un agudo grito: acababa de ver á D. Rodrigo colgado de uno de sus balcones y luchando aun con las últimas convulsiones de la agonía. Un pueblo inmenso contemplaba mudo y aterrado aquella horrible escena.

—Señor, señor, clamó Pero Gil cayendo de rodillas, perdonadme, había dudado de vuestra justicia!

—Ya lo había leído en tus ojos; pero te perdono, porque te desmenua la fuerza de tu pasión. Está consumado el castigo; ahora, añadió viendo entrar á Elvira pálida y conmovida, ha llegado el momento del galardón por tu fidelidad pasada: Pero Gil, ¿quieres unirte á la viuda de D. Rodrigo de Chaves?

—Señor, contestó el caballero besándole la mano, sois el más justo así como el más grande de los hombres! Permitidme ahora que anuncie al pueblo vuestro nombre ilustre para que lo bendiga.

—Y corriendo al balcón, debajo del cual se agitaba numerosa muchedumbre, gritó con acento de entusiasmo, levantando los brazos al cielo: Viva el rey de Castilla! Viva D. Pedro el Justiciero!

Hece dos años que existía en Ubeda un antiguo solar casi demolido, y que se conocía con el nombre de *La casa del ahorcado*: la historia que acabamos de contar es, según una tradición del país, el origen de tal denominación.

FRANCISCO AGUILAR y LORA.

SOLUCION DEL JEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 47.

*Detrás de la cruz el diablo.*



Director y propietario D. Angel Fernández de los Baños.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.